

mo nosotros, que respetan siempre los fallos de la justicia, aun cuando los crean injustos.

Nada hubiéramos hablado de la denuncia, á no ser porque puede tomarse como los primeros disparos de la reacción contra la prensa, reacción iniciada ya al pedir medidas represivas por boca del Silvela, que está de tanda entre los ultramontanos, y del Villaverde, correvedile de los jesuitas; al llamar *cocingleros* á los que defienden el derecho de asociación, por boca del Silvela *enterrador y timador* electoral; y al acordar prohibir las manifestaciones del próximo Mayo.

Lo mismo comenzaron la otra vez; fugiendo tomar la defensa de lo que nadie ataca sino ellos, la moral, y aplicando ilegalmente el artículo 22 de la ley provincial, para llevar á la cárcel á periodistas con más vergüenza en la suela de los zapatos que aquellos ministros en todo el cuerpo. Pero á bien que si ellos comienzan como el 84, nosotros estamos dispuestos á responderles como entonces, y *aún más*.

Mientras han respetado la libertad de la prensa y las conquistas de la democracia, apenas nos hemos metido con ellos; hubiera sido manifestar un apasionamiento que nunca sentimos sin causa justificada; mas desde el instante que vuelven á las andadas, á las andadas volveremos, hasta conseguir que caigan como cayeron, arrastrando tal vez algo que se relaciona con su existencia.

Habíamos creído ¡oh cándidez paradisiaca! que los conservadores de hoy no eran los mismos á quienes en 1884 dedicamos este soneto:

Gomosos por beatas mantenidos:
jesuitas por necios admirados;
necios por jesuitas engendrados
y en entrañas de viejas concebidos;
caballeros de alcoba bien corridos;
eminentes autores bien silbados;
protectores de todos los malvados:
desertores de todos los partidos.
Esos que van del templo á la ruleta,
azuzando al esbirro infanticida
contra todo lo noble, grande y bueno,
trajeron la ganzúa en la chaqueta,
vagan sin hora con la frente erguida,
y son conservadores... de lo ajeno.

Pero puesto que comienzan ya á hacer méritos para juzgarlos iguales, los trataremos como en 1884 y 85, y así se convencerán de que si ellos son consecuentes en sus procedimientos, nosotros también lo somos en los nuestros.

Y caiga el que caiga.

UN VOTO DE CALIDAD

No trato á los redactores de *La Libertad*, periódico que por su título y por algunos de sus escritos más parece de los nuestros que conservador, pero la justicia me obliga á hacer en favor de ellos una excepción en lo relativo á la manera de juzgar estas cuestiones de la moral al uso.

Sin ir más lejos, el día 10 publicó un notable artículo burlándose donosamente de la *pudorosa* Alemania, por haber dado una muestra de su amor á las buenas costumbres recogiendo las obras completas del gran poeta Goethe, solo porque, allá en los tiempos en que escribía su periódico, deslizo en él unas cuantas líneas de carácter pornográfico, que no cercenó el editor. Y añade *La Libertad* en este estilo en que la ironía iguala al gracejo:

«Gracias al polizonte alemán se ha salvado la moral germánica, gravemente amenazada y aun herida por la pluma del autor de *Werter*.

Este *trop de zèle* me recuerda la mutilación ordenada por cierto obispo en una imagen, obra maestra de un escultor de principios de siglo. Fué el caso que el artista labró con perfección rarísima una Dolorosa. Está la madre del Salvador, porque aún existe esta joya veneranda, derribada al pie de la cruz, con los ojos, velados por las lágrimas, fijos en el cielo, y con el semblante contraído por la expresión angusta del dolor. Es imposible mirar aquella imagen sin sentirse hondamente conmovido.

En aquel semblante están, como en cifra, todos los dolores y todas las angustias que pueden destrozarse el corazón de una madre. El escultor, para expresar con la mayor verdad posible el abandono de la caída, había tallado el ropaje de la escultura de tal suerte, que dejaba al descubierto todo un pie y parte de la pierna de la imagen... Pues bien; el obispo de mi cuento ó de mi historia dió orden para que se aserrase aquel pie, con objeto de evitar toda idea poco casta por parte de los fieles. ¡Si sería precavido Su Ilustrísima!

Parecido á este sacrilegio de lo humano ó lo divino, ha sido el acto practicado por la colosa autoridad de Cöblentza.

Y he aquí que con este motivo se le presenta á Max Nordau excelente ocasión para aumentar, con una nueva, el catálogo de sus cinco famosas mentiras: la mentira de la castidad.

Es cosa ya de puro sabida olvidada, que no es lo malo pecar ni publicar de palabra el pecado... Lo malo es

referirlo en letras de molde, aunque sea para anatematizarlo. Nadie se espanta de oír en corrillos y en tertulias las mayores obscenidades... las autoridades permiten que se exhiba el vicio como mercadería pregonada... nuestras hijas y nuestras mujeres se codean en el teatro y en el paseo con mujeres de la vida airada. Pero ¡ay del escritor que seaca en sus libros ó á las tablas del teatro una de esas desgraciadas! Entonces el tal escritor será tenido por corruptor de las costumbres y por desmoralizador empedernido.

Hipocresía se llama esta figura. El autor, si ha de cumplir su misión, debe reflejar en sus obras el mundo que le rodea: su entendimiento es como el foco de un lente en que se entrecruzan todas las tendencias, direcciones, sentimientos, creencias, aspiraciones, ideales de una raza y de una época. Por esto se ha dicho, con profunda verdad, que el arte expresa más y con más verdad que la misma historia. Y si la primera condición del artista ha de ser la veracidad, ¿cómo había aquél de cumplir con sus deberes artísticos deformando la naturaleza y falseando las costumbres? ¿Hubiera podido Juvenal escribir sus sátiras inmortales si no hubiese pintado al desnudo los vicios romanos?

¿Sería Luciano el primer escritor festivo de la época clásica si no hubiera reflejado en sus diálogos la impiedad de sus contemporáneos?

Nuestra Celestina, nuestras novelas picarescas, las comedias de Tirso, las jácaras de Quevedo, las coplas de Cristóbal del Castillejo... ¿no son glorias de nuestra literatura y el mejor monumento en que nosotros los modernos podemos estudiar las sociedades pasadas?

Pues si esto es así, ¿por qué fingir pudores ridículos ante las obras contemporáneas, escrúpulos de monja, porque sus autores copian lo que ven sus ojos y lo que tocan sus manos?

Existe en esto una verdadera contradicción. A medida que las costumbres se corrompen, la literatura se va haciendo más casta. Diríase que la sociedad, en vez de pudor, lo que siente es vergüenza de que se vean las lacras que manchan su desnudez. Siempre la fealdad ha sido más pudorosa que la belleza.—ZEDA.

Esa última letra del alfabeto que firma el artículo es la primera en el silabario del buen sentido, y es una verdadera lástima que figure en el mismo partido que los tipejos hipocritillas y vividorzuolos que redactan *La Unión*, órgano de las sacristías y de ese lacayo de los jesuitas á quien llaman Pidal.

Pero en fin, ¿qué hemos de hacerle? Si hay republicanos que se pirran por concurrir á los actos religiosos, ¿por qué no ha de haber algún conservador que proteste con escritos de esa clase contra la hipocresía de sus correligionarios? Bien venido sea aquel que de más lejos viene.

ARREPENTIMIENTO

Lo confesamos ingenuamente; la pasión sectaria que nos domina, impúlsanos á veces á faltar á la verdad, y á hacer suposiciones injuriosas para el casto y virtuoso clero católico.

En un momento de esos de extravío, el cual quisieramos que nos fuese perdonado en atención á que hemos decidido hacer dentro de doscientos años confesión general de todas nuestras culpas y pecados, supusimos que un cura podía yacer en el mismo lecho que su ama, suposición impía que rechazarán por absurda cuantos saben que los clérigos hacen al ordenarse voto de castidad.

Hoy, arrepentidos de todo corazón, hacemos propósito de la enmienda y juramos por la santa memoria del papa Borgia, no volver á perpetrar más aleluyas sobre la castidad de los clérigos, como no sea para describir las siguientes dulces, castas y seráficas escenas que describe en su célebre obra *La Iglesia y la Moral*, Dom Jacobus (Laurent, autor de la renombrada *Historia de la Humanidad*.)

Estas, estas son las costumbres que deben ensalzarse, los hechos que conviene ilustrar, los ejemplos que han de seguirse; porque en esos hechos y en esas costumbres es donde se aprende á admirar, querer y respetar al clero, al casto clero cuya pureza intentarán en vano manchar las asquerosas plumas de los escritores impíos como estos sus seguros servidores.

Allá va lo que dice Laurent, en confirmación de lo que acabamos de exponer:

«Es de pública voz, escribió San Pablo á los corintios, que se cometen entre vosotros impudicias tales que no se ven semejantes entre los paganos, hasta el punto que uno de vosotros abusa de la mujer de su propio padre.» San Cipriano ha descrito las costumbres de los mártires que buscaban rescatar toda una vida de adulterio, de borrachera, asesinatos, rictos, fraudes y rapinas, con el suplicio de un momento, poco diferente de un triunfo y prohibido muchas veces como un suicidio. Las mismas ceremonias del culto servían para que los sentidos oprimidos volviesen á recuperar con exceso sus derechos. El servicio divino se prolongaba por la noche con un fin culpable; los Papas se vieron obligados distintas veces á reprimir las oraciones en comunidad por la noche. Bautizábase á los neófitos completamente desnudos y suscitábase grandes escándalos; víose en Constantinopla correr por las calles, en un estado de desnudez cristiana, á muchachas que iban á recibir la primera comunión y que

fueron dispersadas por una sublevarción (1). Diferentes veces algún obispo ó sacerdote corrompido, que no retrocedía ante los más impúdicos placeres, protestó y huyó de esas bellas pecadoras que debían ungió por todo el cuerpo.

Durante las huélas intestinas en que las diversas sectas se disputaban la ortodoxia, era casi usual en los dos campos cristianos azotar desnudas á las vírgenes consagradas al Señor. Desde el segundo siglo (137) los adamitas hicieron voto de reunirse desnudos, hombres y mujeres, para imitar el estado de inocencia de Adán, entregándose á las más infames orgías á pretexto de que el pecado era necesario á la perfección. Hubo penitencias que también ponían en cueros á los culpables: la costumbre de disciplinarse desnudos en presencia unos de los otros ha existido por mucho tiempo en los monasterios; el concilio de Aix lo prohibió, y las antiguas constituciones de Cluny ordenaron la siguiente pena contra ciertas faltas: *La mediá plateá nudatur et cerberatur*. El siglo XIV víéronse en París procesiones de hombres desnudos. Llegase á buscar irritantes voluptuosidades hasta en los suplicios, exponiendo á las mujeres desnudas y quemándolas: en los primeros siglos á las herejes, más tarde á las brujas; pero el placer se refinó más; el inquisidor visitaba á la acusada, desnuda y rapada; buscaba sobre su cuerpo las señales del demonio y clavaba agujas en las menores manchas. Los convulsionarios dieron después nuevo carácter ascético á la sensualidad, que ha pasado á nuestros días con la invención de las llagas de San Francisco, que se imprimen en el cuerpo de las bellas religiosas, en las manos, los pies y bajo el pecho izquierdo.

En los siglos siguientes á Constantino los Concilios se suceden á menudo: todos ellos tratan de reprimir las malas costumbres y la santa sed del oro. Se había excomulgado á las queridas de los sacerdotes, condenándolas á esclavitud, así como á sus hijos (2); víéronse obligados á prohibir á los curas que durmiesen dos en una cama (3), y ordenar á los obispos que tuviesen toda la noche vigiántes en su cámara (4); castigábase á los culpables con fustigación y prisión (5), lo que no impidió que á dos obispos de las Galias (6) y á un arzobispo de Toledo (7) se les depusiera de sus mitras por asesinato y malas costumbres, ni que al Papa Simmaco se le acusase de adulterio en pleno concilio, ni que el Papa Pelagio II muriese de una enfermedad vergonzosa.

Las cartas de San Gregorio están rebosando de los desórdenes del clero, que en vano trató de reprimir el Papa. Hubo monjes que se casaron públicamente en su monasterio, y sacerdotes que se entregaron á vicios contra naturaleza. El obispo de Tarento vivió en concubinato: el obispo Félix, sobrino del Papa, violó á la hija de su diácono. Otro prelado convirtió y después sedujo á una joven rica llamada Petronilla, apenas entró en el convento, á cuya comunidad entregó todos sus bienes, saliendo después de ella porque resultó madre.

Adriano II era hijo de un obispo; el hijo de otro obispo le arrebató su hija. Baronius cuenta que Juan VIII mereció el renombre de mujer por sus vicios contra natura. Y no hablo aquí de la papisa Juana.

«Los obispos carecen de costumbres y de saber», decían los padres del Concilio de Valence. «Los conventos de mujeres jóvenes son lupanares», decían los padres del Concilio de Aix (836). Ninguna consideración detenía á los sacerdotes. Hubo cánones que mandaron azotar y rapar á las barraganas del clero. Inventaron dobles monasterios, acoplando uno de monjas á otro de monjes; un Concilio los prohibió á causa del desorden de las costumbres (8). Se había permitido al clero tener al lado á sus parientes, pero los Concilios se vieron obligados á prohibírselo, aun siendo aquéllos sus hermanas y madres (9).

Y cortamos aquí, pues hay tela larga y firme propósito de seguir metiendo la tijera.

PALOS Y PEDRADAS

Diálogo que oyó *El Resumen* en el salón de conferencias el día primero que fué al Congreso el Sr. Pi:

«Estaba sentado el Sr. Castelar en uno de los divanes, cuando se aproximó un diputado al grupo allí formado, y dijo que el Sr. Pi y Margall estaba en la Cámara, y que se habían acercado á saludarle los Sres. Sagasta y León y Castillo.

—Ya lo sé—dijo Castelar.

—Y usted, ¿no le ha saludado, D. Emilio?—preguntóle un distinguido director de periódico.

—¡Yo!—exclamó el gran tribuno en el colmo de la sorpresa.—¡Yo, jamás olvidaré lo del 3 de Enero!

Este detalle es precioso para que los republicanos que no tienen ídolos se convenzan de que los jefes son el obstáculo mayor para que todos nos entendamos, á despecho de cuantas coaliciones electorales pacten.

La incompatibilidad de humores, que dijo el Sr. Muro.

La Epoca, hablando de una iglesia de Madrid, dice que su topografía se presta á sospechas, más ó menos fundadas, de la malicia sobre las derotas que con achaque de rezos entran por la calle grande, y con otros achaques menos santos salen por la calle chica, motivando así una variante en el añejo refrán convertido en comedia,

(1) De Potter, *Histoire du Christianisme*, II, 22.
(2) Concilio de Toledo, 383; de Narbona, 589; de Toledo, 655.
(3) Concilio de Tours, 567.
(4) Concilio de Toledo, 633.
(5) Concilio de Alemania, 742.
(6) Concilio de Lyon y de Chalons, Siglo VI.
(7) Concilio de Toledo, 656.
(8) Segundo Concilio de Nicea.
(9) Concilio de Mayen, 835.